

## LA MEMORIA DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN LA NARRATIVA BREVE

ANA M.<sup>a</sup> FREIRE LÓPEZ

Universidad Nacional de Educación a Distancia

A lo largo del siglo XIX los sucesos de la Guerra de la Independencia permanecieron en la memoria de las sucesivas generaciones. Quienes la habían vivido no pudieron olvidarla y transmitieron oralmente sus recuerdos a sus descendientes, que a su vez los relataron a los suyos. Los historiadores (el conde de Toreno y Miguel Agustín Príncipe, entre otros) la analizaron con la perspectiva que da el paso del tiempo en documentados trabajos que no se publicaron en España hasta los años de la regencia de doña María Cristina.

Mientras vivió Fernando VII, la literatura recordó tímidamente aquellos acontecimientos, sobre todo en composiciones poéticas que, en fechas conmemorativas, se publicaban en la prensa. Aunque durante su reinado vieron la luz algunas novelas ambientadas en los sucesos de la guerra, no fue hasta después de la muerte del rey, y más concretamente hasta la década de los años cuarenta, cuando comenzó a publicarse la mayor parte de las novelas extensas que tienen la Guerra de la Independencia como marco argumental<sup>1</sup>, y cuando más de medio centenar de obras dramáticas, declamadas y musicales, subieron a los escenarios españoles hasta 1914, fecha en que se conmemoró el primer centenario de la terminación del conflicto<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Cfr. Ana M.<sup>a</sup> Freire López, «La Guerra de la Independencia en la novela española del siglo XIX (1814-1914)», en *El comienzo de la Guerra de la Independencia*, Madrid, Actas Editorial, 2009, pp. 627-645.

<sup>2</sup> Cfr. Ana M.<sup>a</sup> Freire López, «La Guerra de la Independencia en el teatro lírico español (1814-1914)», en *Guerra, sociedad y política (1808-1814)*, Pamplona, Universidad Pú-

Tanto la primera novela de esta etapa como la primera obra dramática recrearon los sucesos del Dos de Mayo madrileño. A partir de entonces, la producción fue imparable, y tanto la novela como el teatro declamado y la zarzuela se centraron, por regla general, en hitos como la victoria de Bailén, las heroicas defensas de Zaragoza o Gerona, o las hazañas de guerrilleros como el Empecinado, el cura Merino y otros héroes populares.

Pero otros sucesos menores, protagonizados en su mayoría por personajes desconocidos, héroes anónimos y también traidores, dieron lugar a numerosos relatos breves inspirados, más o menos directamente, en anécdotas y sucesos ocurridos —o que pudieron ocurrir— durante aquellos años.

Muchos de estos relatos fueron recopilados por sus autores en colecciones, después de haber visto la luz en la prensa, que fue el vehículo preferido del cuento decimonónico, y el que sirvió para popularizar aquellas narraciones, historietas o episodios, contribuyendo así a mantener viva, también entre el público más joven, la memoria de la Guerra de la Independencia.

Los propios autores no fueron muy precisos en la denominación genérica de sus relatos. En ocasiones los calificaron como ANÉCDOTAS, cuando se trataba de sucesos breves, de trama menos compleja y con protagonista conocido, como hizo Ángel Rodríguez Chaves en *Un buen puyazo* (Anécdota de 1808), *Una cogida de Pedro Romero* (Anécdota del año 9) o *Máiquez y Pedro Romero* (Anécdota de 1814)<sup>3</sup>. Bécquer eligió para *El beso* el ropaje de la LEYENDA. El término EPISODIO se generalizó entre los autores de estos relatos a partir de 1873, año en que apareció en las librerías el primero de los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós<sup>4</sup>. Fue entonces cuando la palabra quedó vinculada a la Guerra de la Independencia hasta quedar así consignado en el *Diccionario de la Real Academia Española*, pues mientras la edición de 1869 solo aludía al carácter de digresión que esta pa-

blica de Navarra, 2008, tomo I, pp. 283-304; y «El conflicto de 1808 en el teatro español», en *El nacimiento de la España contemporánea*, Madrid, Actas Editorial, 2008, pp. 449-471.

<sup>3</sup> Carácter de anécdota tiene, aunque el padre Coloma no subtitule así su cuento, *Las borlitas de Mina*, ambientado en los momentos inmediatos a la conocida hazaña del asalto a un convoy francés por el guerrillero y sus hombres en 1811.

<sup>4</sup> Así ocurre en el cuento de Ortega Munilla, *Mi prima Antonia* (Episodio del año 9), en el de Luis Coloma *Medio Juan y Juan y Medio* (Episodio de 1812), en *Casilda o Episodio de la Guerra de la Independencia* de Antonia Rodríguez de Ureta, y en la mayor parte de los de Ángel Rodríguez Chaves.

labra expresaba<sup>5</sup>, en la siguiente, la de 1884, se amplió de forma considerable la entrada, ejemplificando la última de las acepciones («incidente, suceso enlazado con otros que forman un todo o conjunto») precisamente con «un EPISODIO de la Guerra de la Independencia»<sup>6</sup>.

## NO ES FÁBULA

Lo común a los autores de estos relatos es el deseo de recordar a sus contemporáneos, bajo una forma literaria, gestos, actitudes y comportamientos de sus antepasados en aquella guerra, brutal y heroica, con la que comenzó en España el siglo XIX, focalizando la atención en sucesos no registrados por la Historia (con mayúscula), de los que, sin embargo, sí que podía hablar la Literatura<sup>7</sup>. Como afirmaba uno de los personajes alarcónianos, «lo mejor de estas guerras no lo rezan los libros».

Precisamente fue Pedro Antonio de Alarcón el primero en escribir narraciones breves ambientadas en la Guerra de la Independencia<sup>8</sup>, reclamando para ellas tanta credibilidad como la que se presta a la Historia:

<sup>5</sup> «EPISODIO. m. DIGRESIÓN.// Poét. Acción secundaria y como extraña respecto de la principal de un poema; pero con dependencia, conexión y enlace con ella, para hacer más vario, adornado y divertido el todo de la fábula o asunto».

<sup>6</sup> EPISODIO. (Del gr. επεισόδιον; de επεισοδος, ingreso, intervención.) m. Parte no integrante o acción secundaria de la principal de un poema épico o dramático, de la novela o de cualquiera obra semejante, pero de algún modo enlazada con esta misma acción principal, y conveniente para hacerla más varia y deleitable.// Cada una de las acciones parciales o partes integrantes de la acción principal.// Digresión en obras de otro género o en el discurso.// Incidente, suceso enlazado con otros que forman un todo o conjunto. *Un EPISODIO de la vida del Cid; un EPISODIO de la Guerra de la Independencia*».

<sup>7</sup> Las referencias en este sentido son numerosas. Emilia Pardo Bazán relata en *Voluntad* «una señalada imprudencia» de Napoleón Bonaparte, «y solo la excusa, o la excusaría ante la Historia, si la Historia la conociese...»; el episodio que cuenta Pedro Antonio de Alarcón en *El carbonero alcalde* «fue una de tantas poco sabidas pérdidas como tuvieron en España los ejércitos napoleónicos; pérdidas que no constaban en los boletines de las grandes batallas; pero que al cabo de la Guerra de la Independencia dieron la enorme suma de medio millón de soldados imperiales muertos o perdidos en nuestra península». Ortega Munilla, que introduce su *Cuento del año ocho* con los acontecimientos ocurridos en Castilla a finales de 1808, pasa a contar su historia porque «todo esto se halla escrito, y en cambio no lo están, por ser sin duda de menos trascendencia, ciertos sucesos que ocurrieron en la muy noble y muy leal ciudad de Cuenca, y que yo quiero referir a mis lectores, si el cielo me da acierto y a ellos paciencia».

<sup>8</sup> Aunque no las publicó hasta muchos años después, están fechadas por el autor en la década de los años cincuenta.

*El carbonero alcalde, El afrancesado, ¡Viva el Papa!, El extranjero, El ángel de la guarda (...)* son también históricos al pie de la letra. O los he oído contar a fidedignos testigos presenciales, o los he extractado de documentos incontrovertibles. Yo soy poco aficionado a inventar historias<sup>9</sup>.

Con la misma intención, Luis Coloma añadió al final de *Medio Juan y Juan y Medio* una nota en la que advierte que «en el pronuario del autor se hallan anotados quince casos de restitución de alhajas de Iglesia, análogos al que referimos, acaecidos en aquella época tan solo en Andalucía, lo cual prueba no ser éste un hecho aislado, sino un efecto del sentimiento general que entonces dominaba».

Y aunque es posible que los sucesos, luego transformados por el arte literario, no ocurrieran exactamente como los cuenta la literatura, la mayor parte de estas narraciones han logrado transmitir el espíritu y el ambiente que reinaba en aquellos años. Poco más que eso hace Fernánflor en *1808. Madrid la víspera*, un relato sin apenas acción, en donde el autor se recrea en la pintura de la capital en los momentos inmediatamente anteriores al levantamiento popular del Dos de Mayo. Tampoco el argumento del cuento de Blanca de los Ríos *El hurto de mi abuela (Recuerdo de 1808)* está directamente relacionado con los sucesos de la guerra, durante la cual tiene lugar la pequeña anécdota protagonizada por la abuela de la escritora. Sin embargo ésta cuida hasta el detalle la ambientación en cuanto a escenarios, indumentaria o actitudes.

Y así, entre unos y otros, los autores han ido componiendo un gran retablo literario, poblado de personajes de la época, cuyos comportamientos nobles o mezquinos, expresados en gestos grandes y menudos, aportan el claroscuro que hace posible el relieve. Un retablo que muestra una actitud unánime ante la Guerra de la Independencia, a pesar de la pluralidad ideológica de los escritores, de la distancia temporal entre ellos y del diverso tono de sus obras.

#### LA IMAGEN DEL ENEMIGO

La pintura de los franceses como descreídos e irreligiosos era un cliché acuñado en España desde la Revolución francesa, y los com-

<sup>9</sup> Pedro Antonio de Alarcón, *Historia de mis libros en Obras completas*, Madrid, Ediciones FAX, 1954<sup>2</sup>, p. 10.

portamientos individuales y colectivos durante la Guerra de la Independencia no hicieron más que corroborar entre la población española aquella idea tan extendida.

Comportamientos como los que describe Bécquer en *El beso* conmovieron de tal modo al pueblo español que no pudo olvidarlos durante mucho tiempo, ya que, aunque la trama de la leyenda tiene lugar en Toledo, hechos semejantes ocurrieron en otros puntos de España, donde las tropas imperiales invadieron, como escribe Bécquer, «el asilo de las comunidades religiosas, acabando a la postre por transformar en cuadras hasta las iglesias consagradas al culto». Así, en una iglesia toledana completamente desmantelada sitúa Bécquer la acción, protagonizada por un oficial de dragones «acostumbrado a ver estos sacrilegios como la cosa más natural del mundo». La acumulación de detalles que Bécquer va desgranando acaba por crear el magnífico ambiente que rodea el suceso que da título a la leyenda.

También en el Guadix donde se desarrolla *El carbonero alcalde* de Pedro Antonio de Alarcón, «aquellos hijos de Voltaire y de Rousseau» se dignaban ir a misa los domingos y fiestas de guardar, «bien que los generales y jefes superiores la oyesen, como convenía a su alta dignidad arrellanados en los sillones del presbiterio y fumando en descomunales pipas... (histórico)», mientras «los frailes de san Agustín, de san Diego, santo Domingo y san Francisco habían consumido todas las Hostias consagradas y evacuado por fuerza sus conventos para que sirviesen de cuarteles a los galos».

Un grado más de aquellas tropelías era el robo sacrílego, y alrededor de uno de ellos teje Luis Coloma el argumento de *Medio Juan y Juan y Medio*, dos carboneros muy poco ejemplares en su conducta que, sin embargo, son capaces de recuperar con astucia y devolver al obispo de la diócesis los tesoros robados a la Iglesia por los franceses, cuando éstos abandonan, a finales de agosto de 1812, Sanlúcar de Barrameda.

Los frecuentes y audaces atropellos de las mujeres constituyen otro de los estereotipos más extendidos en la literatura sobre la Guerra de la Independencia y, en particular, en la narrativa breve, donde varios cuentos giran en torno a esta casuística. De hecho, el núcleo argumental de la leyenda de Bécquer antes mencionada consiste en el intento del capitán de dragones de besar a doña Elvira de Castañeda en su panteón sepulcral, hecho que impedirá la colosal bofetada, que le destrozará la cara, propinada por la estatua del marido de

la dama con su guantelete de piedra, en una romántica escena con ecos de *Don Juan Tenorio*.

De forma muy diferente aborda el tema José Ortega Munilla en *Mi prima Antonia*, donde el narrador, hijo de un hidalgo manchego, recuerda lo ocurrido en su infancia, cuando los franceses entraron en su pueblo y se llevaron por la fuerza a toda su familia. El mismo oficial que había obligado al niño a fumar en pipa, iba abanicando a su prima Antonia, desmayada. Y sin comprender exactamente lo que había sucedido, pero intuyendo que nada bueno, concluye su narración: «Aún no sé qué pasó a mi adorada prima. Más os diré que odio a muerte a todos los coroneles franceses».

Sin ser el asunto central la falta de respeto a la mujer reaparece en numerosas narraciones como *El carbonero alcalde*, *El ángel de la guarda*, *El tonto del Rastro* o *Volunto* de Emilia Pardo Bazán, en donde solo una cosa impide al barbero protagonista, que no es precisamente un patriota exaltado, degollar a Napoleón Bonaparte cuando lo tiene en sus manos para afeitarse, y es pensar en las consecuencias que tal hazaña acarrearía a su hija de veinte años.

#### LA HEROICA POBLACIÓN CIVIL

Del mismo modo que parece existir un consenso unánime en la pintura de los franceses, se advierten unas constantes en la caracterización del pueblo español. Su valor hasta el heroísmo está presente en toda la literatura sobre la Guerra de la Independencia, y la narrativa breve ejemplifica con numerosos episodios aquella defensa, a veces numantina, de la población civil —pueblos enteros e individuos particulares— frente al enemigo. Uno de los cuentos más emblemáticos en este sentido es *El carbonero alcalde* de Pedro Antonio de Alarcón, cuya acción transcurre en la villa granadina de Lapeza, del partido de Guadix, cuando a mediados de abril de 1810 sus habitantes, guiados por Manuel Atienza, el alcalde, se disponen a resistir a las tropas francesas hasta la muerte. Los heroicos lapeceños, retratados con pinceladas naturalistas como semisalvajes y hasta con aspecto de orangutanes, presentan batalla a muerte a las tropas imperiales con un espíritu que se resume en las últimas palabras del carbonero antes de morir: «¡Yo no me rindo! —dice—. ¡Yo soy la villa de Lapeza, que muere antes de entregarse!».

En pueblos menos heroicos no faltan los héroes individuales, como el que protagoniza *La última lección* de Ángel Rodríguez Cha-

ves. En este trágico relato el narrador recuerda al maestro de su infancia en un pueblo perdido al que se aproximan los franceses a comienzos de 1809. Las fuerzas vivas del lugar, conscientes de la inferioridad de sus fuerzas, deciden rendirse al enemigo, mientras el maestro, junto a otros cinco ancianos, se dispone a resistir dentro de la escuela. Cuando después de varios intentos logra penetrar en el recinto una columna francesa, solo encuentra en ella los cadáveres de aquellos seis ancianos, que han preferido la muerte antes que sucumbir al enemigo.

#### LOS HÉROES CONOCIDOS Y DESCONOCIDOS

El heroísmo español tiene nombre propio en los cuentos protagonizados por personajes célebres de la época, como ocurre en *Una cogida de Pedro Romero*. La acción tiene lugar en Madrid, en junio de 1809. Rodríguez Chaves, gran aficionado a los toros, se recrea en la pintura del ambiente y de los personajes, entre los que tiene un papel destacado Leandro Fernández de Moratín que, como partidario de José Bonaparte, pretende obligar al famoso diestro a torear ante el rey, antes de partir para Sevilla. El torero se resiste, por no tener que brindar la corrida y doblar la rodilla ante el rey intruso, pero de momento Moratín gana la partida. Una vez en la plaza, Pedro Romero, de acuerdo con uno de los peones de su cuadrilla y antes de torear, logra ser embestido por el toro y cae de una cornada, bañado en sangre, a los pies del palco real, logrando así su patriótico propósito.

No obstante, son muchos más los héroes anónimos y las víctimas inocentes que pueblan estos relatos, con frecuente protagonismo infantil. En *El ángel de la guarda* Pedro Antonio de Alarcón traslada al lector al 28 de junio de 1811, día trágico en que los franceses tomaron Tarragona, y en el que murieron cinco mil españoles en diez horas, entre horrores que se detiene a describir. Entre esas víctimas se encontraba la que da título al relato, una criatura de pocos meses a la que, sin querer, su madre asfixia cuando intenta acallar sus gemidos para que no les descubran los soldados imperiales que, dirigidos por un español afrancesado, rastrean la zona. La tragedia todavía es mayor, pues la madre se vuelve loca.

También son infantiles las víctimas en *El idilio trágico*, aunque se trata de un relato de pura ficción. Rodríguez Chaves presenta aquí la breve historia de dos niños sin familia que mueren unidos en un

beso, cuando a la niña le atraviesa el corazón una bala perdida y el niño es golpeado por un sable enemigo, mientras se inclina sobre el cadáver de la chiquilla.

Y aunque el héroe de *El tonto del Rastro* de Leopoldo López de Súa no es un niño, es también un ser inocente y retrasado, que en el Madrid del Dos de Mayo muere matando por salvar «Isidora», a la que ama en secreto.

Los personajes en apariencia insignificantes que realizan hazañas heroicas abundan en la narrativa breve. En *El monaguillo de Valbreñeda* se cuenta la historia de un chiquillo travieso al que los mayores rechazan cuando quiere tomar parte en la defensa de su pueblo. Aunque Rodríguez Chaves precisa la fecha y el lugar, la historia real está ausente de este relato de ficción, sirviéndole solo como marco espacio-temporal. El desarrollo de la trama lleva de la mano al lector hasta la moraleja que el autor pretende, pues el monaguillo y sus amigos no tienen reparo en aliarse con los chiquillos del pueblo vecino, que eran hasta entonces sus inveterados enemigos, para luchar todos unidos contra los soldados imperiales, a los que hacen huir entre una lluvia de pedradas.

También es insignificante el protagonista de *Lucas Cruz*, un sacristán cobarde al que el cura del lugar no considera digno de alistarse en la partida que ha formado. Sin embargo, será él quien salve al pueblo, por medio de una arriesgadísima acción, cuando finalmente deban incorporarse a la defensa todos los hombres útiles.

E incluso puede ser un héroe ignorado el hijo de un traidor, como ocurre con Genaro en *El tío Roñas* de Rodríguez Chaves, un joven al que todos despreciaban por ser hijo de un usurero que traicionaba al pueblo por dinero. El chico morirá por salvar a los guerrilleros de su partida y los franceses pagarán a su padre la traición con unas onzas manchadas de sangre, que es la sangre de Genaro<sup>10</sup>.

En todos los cuentos que van mostrando esta galería de héroes anónimos no faltan los doloridos comentarios de sus autores por el olvido en que permanecen tantos desconocidos defensores de la patria.

---

<sup>10</sup> Los cuentos relativos a traidores son de gran dureza y el hecho de la traición justificaba, también en los cuentos, comportamientos brutales, sin duda inspirados en hechos históricos. Así, en *Escarmiento*, Narciso Campillo recrea la historia de una traición que cuesta la vida a guerrilleros y habitantes de un pueblo aragonés. El trágico relato concluye con el asesinato del barquero culpable al grito de «¡La noble tierra de Aragón no sufre traidores!».



## LOS RELATOS SOBRE FALSOS HÉROES

En el mosaico de personajes que ofrece la narrativa breve se encuentra además aquel tipo que, por la confusión derivada del estado de guerra, ha podido ser considerado un héroe sin haberlo sido. Ortega Munilla trata el tema en *Cuento del año ocho* y Rodríguez Chaves en *Cosas de aquí abajo*. En el primero de estos cuentos, con una cuidada ambientación costumbrista en la Cuenca de finales de 1808, se relata el caso de un médico al que el boticario ha matado por celos y que «ha pasado a la historia como víctima de la patria». La trama de *Cosas de aquí abajo* es más compleja y deja ese regusto amargo tan frecuente en la narrativa de Rodríguez Chaves. Del suceso fue testigo un niño que, pasados los años, lo recuerda en primera persona y no se perdona no haber contado a tiempo lo que oyó aquella noche de diciembre de 1808 en que llegó a su pueblo y se alojó en la casa del cura un coronel francés que era llevado en parihuelas. El niño, en apariencia dormido, escucha la conversación que su prima, una joven aguerrida, mantiene con su novio, sobrino del sacerdote, que no se decide a casarse con ella hasta que pueda disponer de la herencia que le dejará su tío. Cuando a la mañana siguiente el coronel, al que el sacerdote ha cedido su cama, aparece cosido a puñaladas, todos piensan que el autor de la hazaña —el pueblo lo considera un héroe, los franceses lo fusilan— ha sido el cura. Pero sólo el niño conoce la verdad que escuchó entre sueños: el asesino fue el novio de su prima, que creía apuñalar a su tío para cobrar la herencia.

## PATRIOTISMO Y AFRANCESAMIENTO

Con deseo de objetividad histórica, también aborda la narrativa breve el tema del patriotismo mal entendido, generador de injusticias y acciones crueles. Una de las narraciones más logradas, empapada de humanidad, es *El extranjero*, que Pedro Antonio de Alarcón introduce con varias máximas alusivas a la compasión hacia el vencido por parte del vencedor. Alarcón, que una vez más encarece la historicidad de su relato, lo deja en boca de los personajes: el anciano narrador y testigo de los hechos y el joven a quien éste le contó aquella historia verdadera, en donde la víctima es un soldado polaco, maltratado sin compasión hasta la muerte por dos soldados españoles que lo llevan prisionero.

El afrancesamiento es tema de varios relatos creados por autores de diversas tendencias políticas, y en ninguno de ellos se justifica la postura de aquellos españoles que tomaron partido por los invasores, aunque tampoco es su finalidad denunciarla. Lo que sí se denuncia son las injusticias cometidas por españoles con sus paisanos sospechosos de afrancesamiento, que en realidad eran buenos patriotas. Una vez más la distancia temporal acude en ayuda de la justicia para poner las cosas en su sitio. La trama que Pedro Antonio de Alarcón urdió de forma magistral en *El afrancesado* tuvo luego descendencia literaria, aunque nunca tan lograda como en su relato. El héroe de Alarcón es el inolvidable boticario de Padrón García de Paredes, al que sus vecinos tachan de afrancesado porque no solo trata con familiaridad a los enemigos sino que, en el momento culminante de esta historia, ha invitado a cenar en su casa a más de veinte jefes y oficiales franceses. En efecto, con ellos cena, con ellos se emborracha y con ellos hace el detallado recuento de los españoles que cada uno ha matado, mientras los padroneses pretenden asaltar la casa. Cuando por fin lo consiguen, el boticario solo tiene tiempo de explicar, antes de morir, que todos, incluido él, han sido envenenados, gracias a que, para acabar con los enemigos, él se ha fingido afrancesado. Esta historia, de indudable fuerza argumental, la intercaló años después Eduardo Zamora y Caballero en su novela *El cura Merino*, convirtiendo al patriota gallego en boticario de Quintana de la Puente, por operar en esa zona el protagonista de su novela. Y todavía se aprovechó de ella, a finales del siglo XIX, Eduarda Feijoo de Mendoza, que en *El Avia y el Miño* atribuyó tan patriótica hazaña a la protagonista de su novela, sin que en ese caso la heroína llegase a fallecer, por haber tomado antes la triaca que le había proporcionado su prometido.

La sospecha de afrancesamiento es también el precio de una vida en *El luis de oro* de Rodríguez Chaves. El narrador de la historia es, como en tantas ocasiones, un anciano que vivió la guerra y que es capaz de mirar hacia atrás sin ira, pero con gran dolor por tantas atrocidades de las que fue testigo. No es la menor la que recuerda en este cuento, en el que la víctima fue su propio padre, muerto a manos de sus vecinos, por haber tenido un gesto de humanidad con un soldado francés, una noche de Reyes.

Ese comportamiento humanitario con el enemigo, aunque con muy distinto desenlace, se encuentra en otro cuento de Rodríguez Chaves titulado *Fray Anselmo de la Purificación*. El autor, anticleri-

cal en otros relatos, atribuye aquí al protagonista un gesto generoso que salva la vida a un español afrancesado al que van a fusilar, ofreciéndose a ayudarlo en ese trance. Cuando la guardia entra en la celda para buscar al reo, a quien encuentra en ella es a fray Anselmo, envuelto en un capote militar, mientras el que «por debilidad o cobardía había jurado las banderas del intruso» había abandonado la prisión, oculto bajo el hábito del fraile. La estratagema no es original y basta recordar el cuadro segundo de la zarzuela *El tambor de granaderos* (1894), en donde Gaspar, ya reo en capilla, escapa de ella con los hábitos de un padre de la Merced que ocupa su lugar y al que, por cierto, y como no podía ser menos en una zarzuela, no le ocurrirá nada, por pertenecer a una familia afrancesada que lo sacará de apuros. Mayor hondura tiene en el plano político el tema del afrancesamiento en el cuento de Leopoldo López de Saa *Ondamendi: La casa cerrada*, que sirve al autor para cuestionar los resultados de la Guerra de la Independencia a la vista de lo que ha supuesto para España el reinado de Fernando VII.

#### MENSAJES DE CONCORDIA

Lo que puede considerarse una constante bastante general en la narrativa breve sobre la Guerra de la Independencia, a pesar de que los autores reflejen en sus relatos toda su crudeza, es el deseo de cerrar heridas y de equilibrar la balanza de los recuerdos, tratando de hallar puntos de confluencia entre los españoles y quienes entonces fueron sus enemigos<sup>11</sup>.

Ese propósito resulta muy evidente en el relato de Alarcón *¡Viva el Papa!*, ambientado en un pueblecito francés al que llegan, en el caluroso verano de 1809, veintisiete oficiales españoles que habían caído prisioneros en Gerona. La presencia del papa Pío VII, prisionero como ellos, despierta la compasión de los habitantes del lugar y hasta de los gendarmes franceses, que acaban coreando unánimes el grito de ¡Viva el Papa! lanzado por uno de los oficiales españoles.

Y si en el cuento de Alarcón era la fe común el vínculo que podía llegar a unir a quienes eran enemigos políticos, en *Casilda o*

<sup>11</sup> Incluso con un personaje como José Bonaparte, tan vituperado en España durante la guerra, en prosa y en verso, se utiliza un tono más indulgente en cuentos como *El intruso de caza* de Ortega Munilla (también conocido como *Dos ciegos*) o *Un buen puyazo* de Rodríguez Chaves.

*Episodio de la Guerra de la Independencia* de Antonia Rodríguez de Ureta las diferencias las salda el amor entre una española y un francés, a los que el azar había hecho coincidir el 2 de mayo de 1808 en Madrid, en circunstancias trágicas, y que se reencuentran al cabo de los años. La autora convierte en protagonista de su relato a la chiquilla, tantas veces recordada por los testigos de aquel trágico día, que fue detenida porque, siendo costurera, llevaba encima unas tijeras de bordar que se consideraron un arma. La autora, que utiliza para ambientar su narración buena parte de los lugares comunes que se repiten hasta el día de hoy sobre aquella fecha histórica, pone empeño en distinguir al soldado individual, obligado a servir a Napoleón, de los verdaderos partidarios del Emperador, haciendo así posible el matrimonio de Casilda con su pretendiente.

Distinto desenlace tiene, sin embargo, el cuento de Blanca de los Ríos *Sangre española*, cuya protagonista, una patriota andaluza, muere de consunción e infelicidad después de varios años de matrimonio con un oficial del imperio al que se entregó como esposa a cambio de la liberación de su padre, que había caído prisionero en Bailén. Queda así patente el rechazo del amor como solución cuando éste se impone y no se conquista.

*El hermano amor* es precisamente el título que da Concha Espina a uno de los cuentos incluidos en sus *Pastorelas*. El amor puede cerrar heridas aunque, como ocurre en este relato, el oficial francés nunca llegue a conocer a la dueña de la mansión en la que se aloja, si no es a través de un retrato, debido al pincel de Goya, del que queda prendado. Y como sabe que en el jardín del caserón abandonado se va secando el naranjo que los señores plantaron el día de su boda, antes de partir se despoja de su casaca azul y lo trasplanta a la fachada del mediodía, donde un siglo después todavía «unge de cálices sutiles a todas las primaveras que nacen; da su fruto dulce y dorado a todos los sedientos del camino; levanta su perfume hasta el socarrén donde las golondrinas cuelgan su nidal».

De forma menos lírica, pero no menos clara, concluye Pérez Galdós el cuento rescatado en 1970 por Leo J. Hoar<sup>12</sup>, *Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870*, fruto de la reflexión que al novelista le suscitó la derrota de Francia en la guerra franco-prusiana. El protagonista del relato es Mundo, un niño desaparecido en la vorá-

<sup>12</sup> Cfr. Leo J. Hoar, «*Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870*, por Benito Pérez Galdós, un cuento extraviado y el posible prototipo de sus *Episodios nacionales*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-252, pp. 312-339.

gine del 2 de mayo de 1808, por el que su anciana madre todavía se pregunta en 1870. El mensaje de Galdós está en boca del vecino que dialoga con esta mujer y que cierra el cuento:

- Pues a estas alturas, señora mía, ya se impone el perdón. Los agravios del Dos de Mayo deben ser generosamente olvidados. Las naciones viven más que los individuos y tienen tiempo de expiar aquí sus errores. Los matadores o raptos del pobrecito Mundo acaban de sufrir ahora una pérdida semejante.
- ¿Qué me cuenta, señor?
- Que ellos tenían también su Mundo y acaban de perderlo.
- ¿Quién se lo ha quitado? ¡Ah! Ya nos lo han dicho los papeles. Ha sido el prusiano.
- Justo. La fecha triste para Francia es el 2 de septiembre de este mismo año. La acción de guerra en que le han quitado a su Mundo se llama Sedán.

#### OBRAS CITADAS

- Alarcón, Pedro Antonio de. *El extranjero* (Almería, 1854), en *Historietas nacionales, Obras completas*, Madrid, Fax, 1954<sup>2</sup>, pp. 121-125.
- . «*El afrancesado*» (Madrid, 1856), en *Historietas nacionales, Obras completas*, ed. cit., pp. 112-116.
- . «*¡Viva el Papa!*» (Guadix, 1857), en *Historietas nacionales, Obras completas*, ed. cit., pp. 116-121.
- . «*El carbonero alcalde*» (Guadix, 1859), en *Historietas nacionales, Obras completas*, ed. cit., pp. 105-112.
- . «*El ángel de la guarda*» (Madrid, 1859), en *Historietas nacionales, Obras completas*, ed. cit., pp. 126-129.
- Bécquer, Gustavo Adolfo. «*El beso. Leyenda toledana*» (1863), en *Obras de...*, Imprenta de Fortanet, 1871, tomo I, pp. 253-270.
- Campillo, Narciso. «*Escarmiento*», en *Cuentos y sucedidos*, Madrid, Librería de Hernando y Compañía, 1899, pp. 265-275.
- Coloma, Luis. «*Medio Juan y Juan y Medio (Episodio de 1812)*», en *Obras completas*, Editorial Razón y Fe, 1960<sup>4</sup>, pp. 80-88. (Publicado por primera vez en *El Mensajero del Corazón de Jesús* en 1884).
- . «*Las borlitas de Mina (Narración histórica)*», en *Obras completas*, Editorial Razón y Fe, 1960<sup>4</sup>, pp. 219-222.
- Espina, Concha. «*El hermano Amor*», en *Obras completas*, Madrid, Fax, 1944, pp. 1511-1513.
- Fernánflor (Isidoro Fernández Flórez). «*1808. Madrid la víspera*», en *Cuentos*, Madrid, M. Romero, 1904, pp. 103-111.
- Freire López, Ana M<sup>a</sup>. «La Guerra de la Independencia en el teatro lírico español (1814-1914)», en *Guerra, sociedad y política (1808-1814)*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2008, pp. 283-304.
- . «El conflicto de 1808 en el teatro español», en *El nacimiento de la España contemporánea*, Madrid, Actas Editorial, 2008, pp. 449-471.

- . «La Guerra de la Independencia en la novela española del siglo XIX (1814-1914)», en *El comienzo de la Guerra de Independencia*, Madrid, Actas Editorial, 2009, pp. 627-645.
- Hoar, Leo J. «*Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870*, por Benito Pérez Galdós, un cuento extraviado y el posible prototipo de sus *Episodios nacionales*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 250-252, 1970, pp. 312-339.
- López de Saa, Leopoldo. «*Ondamendi. La casa cerrada*», en *Nuevo Mundo*, 22-X-1903.
- . «*El tonto del Rastro*», en *De antigua raza. Colección de cuentos españoles*, Madrid, Imprenta de Enrique Teodoro, 1912.
- Ortega Munilla, José. «*Mi prima Antonia (Episodio del año 9)*», en *El fauno y la driada*, Sevilla, Francisco Álvarez y Cia. Ed., 1882, pp. 157-165.
- . «*Cuento del año ocho*», en *Mis mejores cuentos*, Madrid, Prensa popular, s. a., pp. 7-24.
- . «*El intruso de caza*», en *Pruebas de imprenta*, Madrid, Imp. y Lit. de La Guirnalda, 1883, pp. 70-85. (Reproducido con el título de *Dos ciegos* en *La Ilustración Artística* de Barcelona, el 26-V-1884).
- Pardo Bazán, Emilia, *Volunto*, en *Blanco y Negro*, núm. 1014, 1910.
- Pérez Galdós, Benito. «*Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870 (1870)*», en *Apuntes*, 7 (2-V-1896), ahora reeditado por Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo en *13 cuentos*, Madrid, Edaf, 2000, pp. 95-103.
- Ríos, Blanca de los. «*El hurto de mi abuela (Recuerdo de 1808)*», en *Revista Contemporánea*, 15-V-1898, pp. 225-236.
- . «*Sangre española*», en *Revista Contemporánea*, 15-III-1899, pp. 449-483.
- Rodríguez Chaves, Ángel. «*Cosas de aquí abajo (Episodio del año 8)*», en *Cuentos nacionales (Episodios de 1807 a 1826)*, Madrid, Viuda e Hijos de la Riva, 1896, pp. 15-50.
- . «*Fray Anselmo de la Purificación (Episodio del año 8)*», en *Cuentos nacionales*, ed. cit., pp. 51-63.
- . «*El idilio trágico (Episodio del año 1808)*», en *Cuentos nacionales*, ed. cit., pp. 65-77.
- . «*El luis de oro (Episodio del año 9)*», en *Cuentos nacionales*, ed. cit., pp. 79-94.
- . «*La última lección (Episodio del año 1808)*», en *Cuentos nacionales*, ed. cit., pp. 95-113.
- . «*Una cogida de Pedro Romero (Anécdota del año 9)*», en *Cuentos nacionales*, ed. cit., pp. 115-127.
- . «*El tío Roñas (Episodio de 1810)*», en *Cuentos nacionales*, ed. cit., pp. 129-143.
- . «*La calentura de los leones (Episodio del año 12)*», en *Cuentos nacionales*, ed. cit., pp. 145-153. (De nuevo incluido en *Cuentos de varias épocas*, Barcelona, Antonio López editor, s. a., pp. 182-189).
- . «*El monaguillo de Valbreñeda (Episodio del año 9)*», en *Cuentos de varias épocas*, Barcelona, Antonio López editor, s. a., pp. 22-32.
- . «*Máiquez y Pedro Romero (Anécdota de 1814)*», en *Cuentos de varias épocas*, ed. cit., pp. 63-71.
- . «*Lucas Cruz (Episodio del año 10)*», en *Cuentos de varias épocas*, ed. cit., pp. 89-102.
- . «*Un buen puyazo (Anécdota de 1808)*», en *Cuentos de varias épocas*, ed. cit., pp. 162-171.
- Rodríguez de Ureta, Antonia, «*Casilda o Episodio de la Guerra de la Independencia*», en *Leyendas morales*, Barcelona, Imprenta de La Hormiga de Oro, 1889, pp. 81-112.